



Luis Rivas

El cáncer del terror islamista se desarrolla sin freno por el continente africano ante la desesperación de las poblaciones y la impotencia de los gobiernos locales, asistidos sin mucho éxito por instituciones y gobiernos extranjeros.

La región del Sahel, [la banda de casi 500 kilómetros de ancho](#) que recorre África desde el Atlántico al Mar Rojo, es en la actualidad el centro de operaciones de los yihadistas pertenecientes a Al Qaeda y al autodenominado Estado Islámico (organizaciones terroristas proscritas en Rusia y otros países), así como a otras organizaciones locales vinculadas con las dos principales centrales del terror.

En esa enorme franja, las acciones terroristas en países como Burkina Faso, Malí, Niger o Chad se están extendiendo por Benín, Ghana y Togo, los estados de la costa atlántica hasta ahora libres de esa plaga que también golpea desde hace años a su vecino, el gigante africano, Nigeria, cuna del grupo Boko Haram.

Otro país que se une a **la lista de gangrenados** se encuentra mucho más al sur. Mozambique, tras varias décadas de guerra civil interna y pocos años de paz, se enfrenta ahora en su región norteña a las acciones de grupos islamistas.

Es precisamente en esa zona donde se han descubierto los enormes yacimientos de gas que han despertado el interés de las principales compañías internacionales —italianas, norteamericanas y francesas a la cabeza— y que inspiró a periodistas poco originales a hablar ya del "[Catar](#) africano".

Terreno abonado al terrorismo

Por supuesto, habrá que volver a repetir que la propagación del terrorismo islamista cuenta con condiciones de desarrollo propicio, como la debilidad de las estructuras estatales, la inestabilidad política interna, la corrupción de las élites, las divisiones tribales y, por encima de todo, el abandono de las poblaciones locales, cuya inmensa **mayoría vive en la pobreza**, por mucho que desde Occidente las multinacionales paguen reportajes en los medios de comunicación que elogian el "espectacular desarrollo de África".

Por esos motivos, algunos especialistas intentan aclarar que el yihadismo africano no responde a un mando central desde el que se organizan los ataques en los distintos países afectados. Así lo asegura, por ejemplo, el investigador francés Marc-Antoine Pérouse de Montclos, autor del libro *África, la nueva frontera de la yihad*: "los intereses y objetivos son distintos en cada país, según las circunstancias específicas". Por supuesto, todos utilizan el

Corán como plataforma de justificación

Francia es uno de los países europeos más implicados en la ayuda contra las guerrillas islamistas en el Sahel. Su implicación es directamente proporcional a la defensa de sus intereses geoestratégicos y económicos en la zona, conocidos peyorativamente con el término *Françafrique*

Más de 4.500 soldados franceses están desplegados en la región, desde Malí al Chad, dentro de la llamada *operación Barkhane*, que data de 2014. A ellos se unen **los 12.000 efectivos** de la Minusma, las fuerzas africanas dependientes de la ONU. El despliegue ha servido solo, hasta el momento, para frenar las ofensivas yihadistas en ciertas regiones, pero no para eliminarlas. Precisamente, las operaciones militares en Malí han propiciado la dispersión de células islamistas hacia el golfo de Guinea.

Impotencia francesa en su zona de intereses

Cinco países integran el llamado "G-5 Sahel" (Mauritania, Malí, Níger, Burkina Faso y Chad) para formar un ejército conjunto de 5.000 hombres. Francia parece confiar poco en la capacidad de esa institución. Así en **el pasado G7 celebrado en Biarritz** (Francia), el presidente galo, Emmanuel Macron, propuso la puesta en marcha de otro organismo, la Asociación para la Seguridad y Estabilidad en el Sahel. La canciller alemana, Angela Merkel, se unió a la iniciativa para, según ambos dirigentes, "cambiar de escala y de método, ya que la situación no deja de deteriorarse".

La ministra francesa de Defensa, Floreence Parly, recordó a sus socios de la Unión Europea que si la situación en esos países no se estabiliza, sobre la cabeza de los europeos penderán dos espadas, la del terrorismo islamista y la de la inmigración. La creación de un cuerpo de Fuerzas Especiales Europeas es la última idea francesa para ayudar al Gobierno maliense.

En definitiva, París y Berlín quieren una **implicación financiera y militar más entusiasta** de sus vecinos continentales, ante las promesas incumplidas de otros países, como incluso ciertos Gobiernos del golfo Pérsico y de la propia ONU.

El desgaste del ejército francés en la operación Barkhane y el rechazo que en algunos países enfrentan las tropas galas inquietan tanto al Estado Mayor francés, como al Ministerio de Asuntos Exteriores.

Llamamiento africano a Moscú

Así, **la "cumbre" ruso-africana** (Fórum Rusia-África) celebrada en Sochi, el 23 y 24 de octubre pasado, fue vista con cierta desazón desde París. Los presidentes de los países del G-5 Sahel no disimularon su interés en propiciar un **papel más activo de Moscú**

en la región. Idriss Deby, primer mandatario del Chad manifestó que "el apoyo de la Federación de Rusia es vital para reforzar la estabilidad regional".

El presidente de Burkina Faso, March Roch Marc Christian Kaboré, otro habitual visitante del Palacio del Elíseo, lo dijo de otra forma: "Tenemos derecho a diversificar nuestros socios; no excluimos a nadie, solo velamos por nuestros intereses". Por eso, añadió sobre Rusia, hacemos un llamamiento a esa gran potencia militar y económica para unirse a nuestra

asociación para la seguridad y la estabilidad en el Sahel.

Moscú está multiplicando sus acuerdos económicos y de seguridad en África. Su músculo financiero está de momento lejos del alcance de las cifras de las inversiones chinas, europeas o norteamericanas en la región, pero son cada día más numerosos los Gobiernos africanos que piden su asistencia para **frenar la insurrección yihadista** que se extiende por ese continente, a través de acuerdos de cooperación como el firmado el junio pasado con Malí, para la "formación de especialistas militares, la cooperación en el mantenimiento de la paz y la lucha contra el terrorismo".

Como en otros escenarios internacionales, en el África bajo influencia francesa, la necesidad de aunar esfuerzos contra el terrorismo debería imponerse como una necesidad perentoria.

La Unión Europea debería levantar las reticencias a cooperar con Rusia en una lucha de la que depende su futuro más cercano, como reconocen sus propios dirigentes. Muchos gobiernos europeos lo saben y lo desean, pero la histeria antirrusa de otros sectores obliga a disimular lo que se acaba haciendo de facto.